

E/M/2



Ciencia / 56

‘Me duele que baje el dinero para ciencia’

ENSAYOS REUNIDOS

Un volumen recupera los textos que Walter Benjamin trazó sobre Charles Baudelaire

Aquel poeta feroz y moderno

ANTONIO LUCAS / Madrid

Lo que avistó Walter Benjamin en ese acantilado que fue el poeta Charles Baudelaire es algo más que un poeta. Halló en él el paradigma de una modernidad que aún no existía. Un tiempo nuevo que estaba generándose y cuyo icono más vivo era aquel tipo de chalina con lamparones, de genio con revés de tormenta, de inteligencia hostil, de ojerazas mordidas, de novia puta y mulata, ciudadano de extraordinaria delicadeza y el pelo teñido de verde. «En Baudelaire, el poeta anuncia por primera vez que pretende tener un valor de exposición», adivina Benjamin en aquellas notas sueltas que dejó quietas cuando aquel 27 de septiembre de 1940 decidió, confuso y espantado, desaparecer en Portbou.

Entre 1927 y 1940, el filósofo alemán, nacido en Berlín en 1892, se propuso desarrollar su obra definitiva, *El libro de los pasajes*. Durante 13 años acumuló materiales, hallazgos y dudas para dar cuerpo a una filosofía material de la historia del siglo XX.

Sigue en página 50

Autorretrato a tinta de Baudelaire, realizado en 1845 tras una de sus ingestas de hachís.



EM2 / CULTURA

Escena de una calle de París a finales del siglo XIX, en los días de Charles Baudelaire.
/ CORBIS



BAUDELAIRE

● Por primera vez se reúnen en un sólo volumen los textos dispersos

Viene de página 49

Sería un mapa de fenómenos sociales casi inabarcable. Un baul de observación y experiencias donde quiso que estuviese Baudelaire como referente de un París volcánico, de un tiempo aún entonces inédito. Pues el autor de *Las flores del mal* no representa sólo una nueva astronomía poética, sino que avanza una nueva manera de estar en el mundo, de entender las modulaciones de una sociedad, sus formas de representación, sus trampas, esa arrogancia de estar tan segura de sí misma.

Benjamin empleó años en diseccionar lo que Baudelaire significaba y cómo ese significado creció con el tiempo. Y dejó en su cartera de muerto prematuro unos folios hondos, sin pulir, pero ya con la vibración del que ve más allá de lo que mira.

Es el material que ahora recupera la editorial Eterna Cadencia bajo el título de *El París de Baudelaire*, con el prólogo que en 1974 trazó el editor Rolf Tiedemann. Allí se da cuenta del ancho estudio del filósofo alemán sobre la arquitectura, la fotografía, la moda, el espectáculo, los nuevos comportamientos de la masa, la prensa, la prostitución, el coleccionismo... Todo ese almacenamiento que ya anuncia la modernidad y que Baudelaire desdén con algo más que rechazo: con actitud. Es el *spleen*, lo que Benja-

min reconoce como «el sentimiento que corresponde a la catástrofe en permanencia».

Para esta aventura, Eterna Cadencia reúne los tres ensayos que en los años 30 desarrolló el autor sobre el asunto: *París, capital del siglo XIX* (1935), *El París del Segundo Imperio en Baudelaire* (1938) y *Sobre algunos temas en Baudelaire* (1939), además de las notas sueltas denominadas *Zentralpark*. En este último apartado se arman ideas que hacen la sartería maldita del poeta, que iluminan su satanismo, su ideal del asco y la extrañeza: «Es ante todo la fe en el progreso lo que él persigue con su odio, como una herejía, como una doctrina errada», apunta Benjamin.

Y más aún: «La figura de Baudelaire pasó a ser parte de su fama en un sentido decisivo». Es decir, él mismo se convierte en objeto de la modernidad con su incesante desafío. Entre la luz y la sombra de un París que lo puede todo, escoge ser Charles Baudelaire. «Existen dos leyendas sobre este autor. Una fue difundida por él mismo y allí aparece como el inhumano, como el terror de los ciudadanos. La otra surgió con su muerte y fundó su fama. Allí aparece como mártir. Pero tampoco es así del todo... Es posible decir: la felicidad lo estremeció; pero de la infelicidad es imposible decir algo análogo. La infelicidad, en un estado natural, no se puede penetrar».

Pero lo que el filósofo alemán estudia con más profundidad es cómo el autor de *Mi corazón al desnudo* tuvo grandes dificultades de recepción en su tiempo porque no estuvo apegado a ningún estilo de moda y no perteneció a ninguna escuela. Es precisamente esto lo que hizo tan difícil asimilarlo, lo que le facilitó el ca-

mino deseado de la exclusión. Resulta al final como un fantasma de sí mismo que llegó para hacerse compañía.

En Baudelaire nace y se alimenta una insurgencia civil que tiene su raíz primera en la estética. Las drogas. Las prostitutas. La indumentaria. La madrugada. Los callejones. La sifilis final. Y una conciencia social que confecciona al primer hombre urbano del lado del proletariado. «El héroe es el verdadero sujeto de la modernidad», escribe Benjamin. «Y Baudelaire reconoce al luchador esclavo en el proletariado», escribe Benjamin. Es la mirada marxista que Benjamin desarrolla en estos folios para interpretar a un hombre en su tiempo. A un tiempo en el hombre que más ajeno se sintió.

«Dejaba que el espectáculo de la muchedumbre lo afectara, adoptando la actitud del que disfruta. Pero su fascinación más profunda residía en la embriaguez en que este espectáculo lo colocaba, su horrible realidad social. Baudelaire se mantenía consciente; tal como los embriagados siguen siendo conscientes de la situación real. Es por eso que casi nunca, en su obra, aparece la gran ciudad representada sin la mediación de sus habitantes... Es decir: «La masa hace que el horror se vuelva encantamiento».

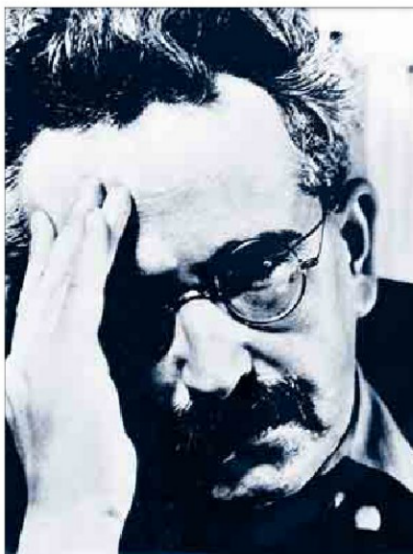
Y lo hace, según Benjamin, desde esa brutal indiferencia que es uno de los puntos de energía de Baudelaire. Para entender el momento en el que vive tiene que saber de sus vicios, de sus hipocresías. Observando. Atendiéndolo todo. A la manera del *flâneur*, que descubre cómo la nueva sociedad pujante –inventada por la voluntad– favorece el modelo del hombre que, como fuerza de trabajo, se convierte en mercancía. Es el punto álgido del marxismo interpretativo de Benjamin apli-

cado a un poeta que tiene mucho de terrorista de eucaristías sociales, de encarnación del maldito como paréntesis entre el mal y la infelicidad.

Y luego está la poesía como espacio catalizador de toda esa aventura vital y extrema. Así lo dice el malogrado pensador alemán: «La poesía de Baudelaire saca su fuerza pasándose al bando de los asociales... Lo extraordinario es que las imágenes de la mujer y de la muerte se entrelazan en una tercera, la de París». De este modo, todo desemboca en el idilio *mortuario* de la ciudad moderna.

«Y es que con Baudelaire, París se convierte por primera vez en objeto de la poesía lírica». Lo que busca Benjamin con estos ensayos es poner en duda aquella modernidad que empieza a convertir la presunta prosperidad en el resultado de una serie de manufacturas: desde la pintura y las exposiciones universales hasta la fotografía, la arquitectura, la música o la vida social... Es, en sentido absoluto, una crítica.

Y Benjamin la alumbró desde su mejor perfil de hurón de ideas. Tomando como impulso al poeta que mejor supo entender los contrastes e hipocresías de su tiempo haciendo de sí mismo una impostura. Un modelo para armar. Un reclamo. Un excluido por voluntad. Un moderno sublime, sin interrupción.



El filósofo alemán Walter Benjamin, que se suicidó en 1940 en Portbou, en los años 30.